

con entera seguridad de no ser aludido por nadie, para evitarse la angustia de hablar delante de tan señalados huéspedes, y muy arrepentido el fiscal de haber puesto motes á aquel señor que, aunque tuerto, le parecía una excelente persona y era padre de la chica más guapa que había visto él de cerca en todos los días de su vida.



IX

LA FAMILIA DEL BOTICARIO

Las visitas de aquel día no fueron tantas en Peleches ni tan molestas para sus moradores, como las del anterior; porque en Villavieja, como en todas partes, había de todo, y el furor de la cursilería y de la presunción estrafalaria, había pasado con la nube de la víspera. Entre los últimos visitantes abundaron las buenas y honradas

intenciones, los generosos deseos, hasta móviles de gratitud no olvidada á pesar de los años transcurridos; y en los más de los ejemplares se entendía bien claro que si llevaban encima los trapitos de cristianar y las vistosas galas, no lo hacían por vana ostentación, sino como debido tributo á la importancia de los señores visitados.

La única nota discordante en aquel conjunto de cosas bastante bien concordadas y soportables, y hasta entretenidas á ratos, fué la familia Carreño, ó más propia y gráficamente, «los Carreños» de la Campada, ó, como si dijéramos, los Mucibarrenas de Villavieja, ya que á sus rivales sempiternos, los Vélez de la Costanilla, se les llamó, á su debido tiempo, los Butibambas. Para que todo fuera contrapuesto y antagónico en estas dos dinastías de Villavieja, hasta en el arte y la traza andaba la una al revés de la otra.

Ya se ha visto que los Vélez eran largos, huesudos, blancos, solemnes y fríos como estatuas sepulcrales. Pues los Carreños, como constaba de toda notoriedad en Villavieja y se vió en los cuatro ejemplares

(matrimonio y dos hijas) presentados en Pelechés, eran chaparrudos, cetrinos, bastos de líneas y facciones, crespos de pelo, mordaces de lengua é implacables de entraña. De estilo y de educación, como de estampa y de pelo.

Padres é hijas despotricaron á porfía durante tres cuartos de hora, y no dejaron honra limpia ni hueso sano en Villavieja. ¡Cuánto se felicitaba la Carreño madre (eran primos hermanos los cónyuges) por la venida de los Bermúdez á Pelechés!

— ¡Esto consuela, señor don Alejandro! — decía abanicándose briosamente el pescuezo con ronchas bronceadas. — Se ve una entre los suyos, y tiene con quién hablar y desahogarse... Porque en la soledad á que la obliga á una el decoro de la clase, se hacen allá dentro unas talegadas de asco, que da gusto desocuparlas después entre gentes que la comprendan á una y sepan estimar las cosas en lo que valen... ¡Si vieran ustedes cómo se va poniendo esto!... Ya no hay quién lo conozca. No queda un alma decente: todo es trapajería de ayer acá... hasta en el ayuntamiento; hasta en

los empleados que nos manda el Gobierno para las oficinas que tiene aquí... Así es que, no queriendo apolillarme ni que se apolille nadie de mi casa en un desván, como algunos trastos viejos que yo me sé (los Vélez de la Costanilla), les digo á éstas (las hijas): á vivir alegres, y al sol; pero como si no hubiera en Villavieja más habitantes que nosotros. ¿Van esas puercas á la Glorieta? Vosotras á la Chopera. ¿Vienen ellas aquí abajo? Vosotras vais allá arriba. ¿Ellas hacia el Miradorio? Vosotras á los Arcos. ¿Ellas muy emperifolladas? Vosotras con lo peor, en camisa... en cueros vivos si fuera posible. Que lo vean, que comparen, que aprendan algo; y si les duele, á eso se tira... y al cuerno las grandísimas tarascas que se salen de su cascarón... Igual pasa cuando éste (Carreño) se lía con el ayuntamiento, pongo por caso, para que se haga ó no se haga esto ó lo de más allá: en lugar de aconsejarle que se esté quieto y deje rodar la bola que á él no ha de pisarle, le ayudo á que apriete más contra el lucero del alba, porque el día que se acostumbren ellos á no vernos y á no sentirnos, como si

no quedaran Carreños en Villavieja, los demonios se lo llevarían todo, y aquí no se podría parar.

Carreño se reía á carcajadas con estos dichos de su mujer; y como era bastante más avisado que ella, no los usaba tan crudos; pero en el alcance de la intención, no la iba en zaga. Las hijas, cargadas de simlores y de cintajos, muy porosas y verdegueando, con la misma intención de casta rajaban en un estilo mixto de lo más malo de los otros dos.

— ¿Sabes, papá, — decía Nieves al suyo después que se marcharon los Carreños, — que eso de los aires puros que tanto recomiendas tú, no da siempre los mejores resultados en lo tocante á buenas ideas?... ¡Mira que de ayer acá llevamos oídas cosas buenas, y á gentes bien sanas de cuerpo!

— Yo te diré, — contestó don Alejandro no poco atarugado con la inesperada observación de su hija. — Mirado el caso por encima y tal como él mismo se va metiendo por los ojos, parece que tienes razón; pero atendiendo á lo que debe atenderse; mirando como debe de mirarse ¿estás tú?...

poniendo cada cosa en su sitio y á su luz correspondiente; midiendo esto y pesando aquello con la necesaria reflexión; no dando á ciertas... á ciertas, vamos, á ciertas pequeñas accesorias, el valor de un hecho fundamental... ¿eh?; estudiando, en fin, el punto á conciencia... penetrándole hasta lo más hondo, como yo le tengo penetrado, lo infalible de mi axioma se palpa; pero hasta el extremo de que ese mismo argumento que á ti se te ha ocurrido, le da mayor realce todavía... como te lo podía demostrar yo ahora, si la ocasión fuera oportuna ó lo reclamara una gran necesidad... Porque te advierto que la cuestión resulta algo metafísica, tratada como es debido; y no creo que te divertiera gran cosa á raíz de una tanda de visitas como la que vienes aguantando.

Se ignora si las racionales dudas de Nieves quedaron desvanecidas con este razonamiento de su padre; pero es un hecho que la una y el otro, á pesar de tener citado á don Claudio en Pelechés para el anochecer, tan hartos se vieron de visitas y tan necesitados de libertad y movimiento, que

á las seis de la tarde se echaron al mundo por la Costanilla abajo, anticipando la salida dos horas á la convenida con el comandante retirado.

Ya se sabe que después de visitar la Colegiata, hicieron una larga parada en la botica, y que desde la botica se fueron á corretear por la villa hasta dar á última hora en el Casino. Poco importa lo que hicieron en él, y menos lo que les ocurrió andando al aire libre, que no abundaba ciertamente aquella tarde; pero hay que decir algo de su visita á don Adrián Pérez el boticario.

Uno, y dos, y tres... muchos abrazos se dieron los dos amigos. Se golpeaban las espaldas con las manos abiertas, se separaban, mirábanse un momento, se sonreían; y vuelta á abrazarse y á desabrazarse, y á mirarse y á sonreirse... y á todo esto, sin dejar de decirse cosas... «¡Caray, cuánto me alegro! — ¡Con qué placer le abrazo, canástoles! — ¡Otro, don Alejandro! — ¡Con toda el alma, don Adrián!... ¡Si no pasan días por usted, canástoles! — ¡Si está usted hecho un mozo, caray!... ¡Hala con otro!

— ¡Ya se ve que sí, ja, ja!... ¡Qué don Adrián tan famoso! — ¡Vaya con el bueno de don Alejandro! — Pues sí señor. — ¡Vaya, vaya!... » Y así.



Después empezó el boticario con Nieves: no á abrazarla, sino á hacerla mil preguntas y cumplidos y á ponerla en los cuernos de la luna por «guapa moza», acabando por sacarla parecidos con cada uno de los Bermúdez que él había alcanzado, contra la opinión del Bermúdez pre-

sente que sostenía, con mejores títulos, que era «toda de los de allá», casi un retrato de su madre.

Convínose en ello, porque, al cabo y al fin, al boticario igual le daba, y sentáronse

el padre y la hija en las banquetas que don Adrián les arrimó, ofreciéndoles de paso un refresco de jarabe de moras ó de agraz que había en la botica, hechos en aquella misma semana... ó chocolate que les bajarían de casa... «con toda franqueza». Se lo estimaron mucho, pero no quisieron tomar cosa alguna. Entretanto, nada se había hablado todavía de la cojera de don Adrián, que se le notaba, no solamente al moverse, sino en llevar calzado con una chinela el pie de que claudicaba algo, y el otro con la bota de todos los días.

A lo que de él se sabe por don Claudio Fuertes, hay que añadir que era de regular estatura, moreno, enjuto, de ojos pequeños, pero listos, risueño de expresión y de voz lenta y sin timbre alguno. Parecía algo socarrón, pero en realidad no lo era. Lo parecía, porque así resultaba de la combinación de su flemática y natural sosera, con la malicia aparente de sus ojuelos de ratón y lo risueño de su boca.

Lo del pie, por lo que le preguntó don Alejandro en seguida que se hubo sentado, había sido poca cosa: alcanzando el tarro

del *papaver album* para preparar un medicamento, se puso de puntillas; y al sentar el pie en el suelo otra vez, se le hundió la mitad de hacia afuera en una rendija grande (que señaló con la mano). Nada, una ligera distensión que ya estaba curada con unas compresas de vejeto... tanto, que pensaba haber subido á Pelechés un poco más tarde. Porque pensar que cumpliera por él su hijo, era pensar los imposibles... ¡Caray, qué muchacho ese!

Y movía un poco la cabeza, y se sobaba el codo izquierdo, haciendo subir y bajar la manga de la levita con todo el hueco de la mano derecha aplicada allí.

Por aquel portillo, es decir, por la dulce é inofensiva lamentación del boticario, salió á plaza, provocada con verdadero interés por Bermúdez, la historia de toda la familia de don Adrián.

Al morir la boticaria, catorce años hacía, le quedaban cuatro hijos de los catorce que había tenido en su afortunado matrimonio. De los cuatro hijos, tres eran hembras. Corriendo el tiempo, la mayor se casó con el vista de aquella aduana; ascendieronle

pronto, y por esos mundos andaba el matrimonio cargado de familia; pero tenían todos qué comer, y eso consolaba algo. La segunda casó peor: con un villavejano recién hecho maestro de escuela. No le producía el oficio allí para lo indispensable; fuéronse á la ciudad creyendo mejorar de fortuna, y ya se habrían muerto de hambre sin el mendrugo que él les daba, quitándole de su mesa. La tercera se casó con un teniente de la Guardia civil, y también andaba, como la mayor, de la Ceca á la Meca, y también cargada de familia.

— La verdad es, — concluyó don Adrián rascándose muy suavemente el codo, — que bien consideradas las cosas, señor don Alejandro, y tal y cual van ¡caray! los particulares de otras familias, no les ha caído á mis hijas la más negra de las fortunas... eso es. Las tres se me han casado: dos de ellas comen y están en carrera... eso es... La tercera anda algo atrasadilla de recursos, es verdad; pero ¡qué caray! es honrado y mozo su marido... por lo más oscuro ama- nece á lo mejor... eso es... y Dios no falta nunca á los buenos... Eso las digo yo á

cada paso: vea usted; y tan contentas... eso es... y contento yo también, sí señor, bastante contento; porque otra cosa no sería regular... Eso es.

Acabado este punto, se tocó el del hijo.

—Ayer me decía usted en su carta, —apuntó don Alejandro, — que por haber hecho *una de las suyas*... (creo que eran éstas las palabras) no había vuelto á casa á la hora en que me escribía; y hace un momento, se ha referido usted también á él de un modo semejante.

—¿Y eso le ha metido en cuidado? — le preguntó el boticario sobándose el codo y sonriendo blandamente.

—No diré que en cuidado, — respondió el de Pelechés muy afable; — pero en cierta curiosidad...

—Es natural eso, ¡je, je!... Pues respecto de ese muchacho, ¡caray! yo no sé qué decirle á punto fijo... á punto fijo... eso es. Por de pronto, es noblote á no poder más; y hasta el día de la fecha... en buena hora lo diga, no me ha dado ningún disgusto... quiero decir, un verdadero disgusto...

—Pues eso ya es algo, don Adrián.

—¡Caray! ¡vaya si lo es! ¡Y no doy yo pocas gracias á Dios por ello! No, no: en ese punto, marchamos bien. Pues este chico, á quien usted debió conocer la última vez que estuvo aquí, aunque de prisa, así de pequeñuelo, correteando por la botica... eso es... porque no salía de ella en todo el santo día de Dios... parecía un muñequito... eso es... ¡tan redondito y tan blanco!... vamos, un muñequito de porcelana... ¡con unos ojazos negros!... No, y conservar los conserva, aunque no parecen tan grandes ahora... Verdad que, como le ha crecido la cara... eso es. Lo que le ha variado algo es el color: ya no es tan blanco... Y bien mirado, mejor es así para un hombre como él, tan hecho y tan... eso es... Y vamos allá: como le vi bien despierto y de excelente condición, púsele en carrera con ánimo de que siguiera la de su padre: ya ve usted, por no dejar morir esto que ha sido la hogaza de la familia, de una familia tan dilatada como la mía; y hay que ser agradecido, don Alejandro... eso es. Fuése el chico á la ciudad, estudió

las humanidades, con aprovechamiento, sí señor, y con muy buenas notas... ¡caray! ¿por qué no decirlo?... Siendo ya bachiller, se prestó de buena gana á seguir esta carrera, y le envié á Madrid... Verdaderamente que el dinero no sobraba en casa; pero había lo necesario desbalijando un poco la hucha de mis buenos tiempos de boticario de nota... Y ¿qué mejor empleo para ello, que caray!... Un hijo solo, llamado quizá á ser el sostén de la familia desde el día en que yo faltara... porque para entonces, aun le quedaban dos hermanas solteras, y su pobre madre arrastrando malamente la vida que se le acabó al siguiente año... ¡Caray! mi señor don Alejandro, todavía duele allá dentro cuando pasan estos recuerdos por la cabeza... En fin, que se fué Leto á Madrid... ¿Les he dicho á ustedes que se llama Leto mi hijo?

— No señor.

— Pues así se llama: Leto... eso es... Y por cierto que el nombre es lo peor que tiene el pobre chico.

— ¡Lo peor! ¿Y por qué, don Adrián?

— Porque es feo y hasta un poco... ¿á

qué negarlo, que caray!... Es feo... y raro, vamos. Pero cosas allá de su madre y su padrino, á cual más escrupuloso en la materia... eso es; porque san Leto era el santo de aquel día, primero de Setiembre... Pero ¡caray! dije yo, aunque esa sea la costumbre en la familia, me parece á mí que, por una vez, bien se puede quebrantar... eso es, en gracia siquiera de lo raro del nombre: pongámosle otro más, para llamarle por él, y así queda todo arreglado. Que nones, don Alejandro; y, en fin, que se llama Leto... Eso es.

Declararon los oyentes, de todo corazón al parecer, que no había en el nombre nada de feo ni de raro, y, sin convencerse de ello, continuó don Adrián:

— Tampoco en Madrid dió un mal paso en su carrera: buenas notas siempre, mucho fruto... porque aquí, en la botica, le iba descubriendo yo cuando venía á pasar las vacaciones... y al mismo tiempo haciéndose un chico como un trinquete... no muy grande; pero bien cortado... eso es, y fuerte... y guapo ¡qué caray!... y dócil y risueño que daba gusto. Pues, señor, que